

Zombis rubias

Brian James

Traducción:
M.^a José Quiroga Fernández



Libros publicados de Brian James

1. Zombis rubias

Título original: *Zombie Blondes*

Primera edición

© Brian James, 2008

Ilustración de cubierta: Sas Christian y Rich Deas

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2009, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-516-5 Depósito Legal: B-27442-2009

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mi madre

No existe ninguna regla para escapar de los problemas. Ni ninguna lista de cosas que tachar. Ni instrucciones. «Pito, pito gorgorito», escoge un camino y síguelo. Por lo menos eso es lo que hace mi padre porque, al parecer, tampoco hay límite de edad para escapar. Se levanta un día, carga el coche con todo lo que tenemos y nos echamos a la carretera. Vamos viendo pasar el precioso colorido hasta que encuentra un pueblo lo bastante inofensivo como para esconderse en él.

Pero sus problemas siempre nos encuentran. Algunas veces más rápido que otras. A veces en un mes y a veces en seis. Tampoco hay ninguna regla sobre eso. Ni sobre cuánto tardan los problemas en alcanzarnos. Solo que lo harán, eso por descontado. Y entonces es hora de salir corriendo otra vez hacia un pueblo nuevo, una casa nueva y un colegio nuevo para mí.

Pero si no existe ninguna regla, me pregunto por qué cada vez tengo la misma sensación. Parece que dejo atrás un pedacito de lo que fui en cada casa que abandonamos. Trozos desperdigados de mí en pueblos por todas partes. Un rastro de migas que salpica el mapa desde cada lugar que hemos dejado hasta cada lugar al que vamos. Y no forman ningún dibujo cuando uno los puntos. Son aleatorios como las estrellas que plagan el cielo por las noches.

—Este sitio te va a gustar... de verdad —dice mi padre por encima de la canción que suena en la radio con

interferencias. Aparta la vista de la carretera durante un segundo para ofrecerme la sonrisa bobalicona que guarda para cuando está intentando animarme. Me da una suave palmadita con la mano en la rodilla hasta que dejo de mirar por la ventana y lo miro a él.

—Me gustaba el último sitio... y también el sitio anterior a ese —contesto bruscamente, mirándolo por el rabillo del ojo. Es la mirada que guardo para cuando quiero que me deje en paz. No estoy de humor para animarme. Estoy harta de mudarme. Estoy harta de ser siempre la chica nueva. Y estoy harta de que mi padre intente hacer que parezca una aventura emocionante cada vez que nos quedamos sin dinero para pagar el alquiler y tenemos que huir de repente de la ciudad como criminales.

Me hundo en el asiento y apoyo la frente contra la ventanilla. Todas las hojas han cambiado y los naranjas parecen mezclarse con los marrones y amarillos como la cola de un cometa en un dibujo animado a nuestro paso. Las ramas bailan en el viento y agitan las hojas. Nos dicen adiós mientras los hitos kilométricos pasan como un rayo y ya nos hemos ido. Otro minuto más cerca de ninguna parte. Otro kilómetro más cerca de Maplecrest, el pueblo que mi padre jura que me va a gustar.

—¿Estás viendo las montañas? ¿No son preciosas? —pregunta, recorriendo con los ojos brillantes las cimas que se elevan delante del parabrisas.

Yo no contesto porque no le hablo.

Es mi nuevo enfoque ya que no parece escucharme. Tal vez si no digo nada capte el mensaje de que estoy enfadada. Ni siquiera estoy segura de por qué. Quiero decir que nunca

me había molestado tanto antes todo eso de las mudanzas. Llevamos haciéndolo desde que mi padre dejó de trabajar con regularidad. O debería decir desde que dijeron que no era apto para trabajar. Desde que yo tenía diez años. Tanto tiempo que ya debería estar acostumbrada. Y lo estoy, es solo que de verdad me gustaba el último sitio. Hice amigos por primera vez en mucho tiempo. Y cuando fuimos allí me prometió que sería la última vez que tendría que empezar de nuevo.

Supongo que la culpa es mía por creerlo.

Ya me ha hecho esa promesa antes. «Esta vez será diferente, ya verás.» Lo ha dicho tantas veces que pienso que casi se lo cree. Lo dice cada vez que llegamos al camino de entrada de la nueva casa. Yo siempre pongo los ojos en blanco y le digo: «Seguro», porque sé que nada cambiará. Nunca cambia nada. No es que él no lo intente. Lo hace. Aceptará un trabajo que odia porque no puede hacer el que le gusta. No puede volver a ser un poli, no después de lo que pasó en la ciudad cuando estaba en el cuerpo. Dice que los recuerdos son demasiado dolorosos. Por eso nos fuimos corriendo al primer sitio, escapamos de la ciudad a aquí afuera en mitad de la nada. Y yo no tengo agallas para decirle que no ha servido de nada. Seis años y seguimos escapando y él sigue cogiendo trabajos que lo hacen sentir desgraciado. Aceptará otro en cuanto lleguemos a Maplecrest. Después lo despedirán porque no puede soportarlo. Comeremos fideos y arroz durante algunas semanas y entonces un día llegaré a casa del colegio y el coche estará cargado con todo lo que tenemos y todo volverá a empezar. Por eso he cambiado de idea sobre lo de

que no hay ninguna regla. Porque hay una regla para escapar de tus problemas, la que dice que se repetirán una y otra vez como las estaciones, la puesta de sol o las cadenas de restaurantes de comida rápida que vemos pasar yendo de un sitio al siguiente. Siempre vuelve a ser lo mismo. Siempre me encuentro sentada en el asiento del copiloto de nuestro coche, mordiéndome las uñas y preguntándome si mi nuevo instituto será mejor o peor que el anterior.

—Parece que esta es nuestra salida —dice mi padre al pasar por delante de una señal que nos indica el desvío de la autopista. Es su manera de decirme que baje la ventanilla y extienda el brazo hacia fuera para que los coches de detrás sepan que torcemos ya que nuestros intermitentes no funcionan.

El viento se precipita a través del cristal abierto y yo saco la mano con apatía e indico. Mi padre me dice que soy el mejor copiloto del mundo para navegar por las sinuosas carreteras de Vermont. Intenta ser encantador así que yo intento ser todavía más rancia y lo miro con gesto mohíno.

—Venga, Hannah, no seas así —dice, golpeándome suavemente con el codo.

—¿Cómo quieres que sea? Se me está congelando la mano y tus bromas no tienen gracia —le contesto mientras el coche decelera y él gira el volante. Vuelvo a meter la mano dentro y subo la ventanilla e instantáneamente echo de menos el ruido del viento entrando a toda prisa porque el regreso del silencio significa que va a decir algo más y yo he hecho todo lo posible por no hablarle.

—No seas tan dramática —dice en el tono de voz que utiliza para indicarme que no estoy siendo justa.

—Dramático es llevar a tu hija al culo del mundo cada pocos meses —le corrijo, mostrándole la sonrisa engreída que tanto odia para hacerle saber que no he hecho más que empezar a ser injusta.

Pero supongo que ni siquiera yo puedo echar a perder su buen humor porque no muerde el anzuelo. No discute conmigo. ¡De hecho, hasta se ríe! Me da tanta rabia que quiero gritar, pero parece tan contento que no puedo ni reunir la energía para seguir lo bastante enfadada como para que me salga nada. Es imposible chillarle cuando tiene esa sonrisa tontorrón en la cara y me da golpecitos en el hombro. Solo he sido capaz de estar enfadada con él durante pocas horas y siento como me rindo. ¡Dios, a veces lo odio por ser tan difícil de odiar!

Me giro hacia la ventana.

Es más fácil ser despreciable si no lo miro.

Observo cómo pasa por delante nuestro nuevo lugar de residencia.

—Maplecrest —murmuro para mí, leyendo el nombre del cartel mientras giramos en la calle que divide el pueblo por la mitad. Hasta suena aburrido. Y a medida que lo atravesamos, veo que es justo como imaginaba: un montón de nada. Una farmacia, una cafetería, un banco y mi instituto y ahí se acaba. Sería un milagro si algo emocionante pasara alguna vez en este lugar.

—¿No es genial! —dice mi padre completamente embelesado. Es justo el tipo de pueblo anclado en el tiempo que le encanta. Nada ha cambiado aquí desde la época en que él

era un chaval. O incluso antes de eso. Parece un pueblo de una película demasiado aburrida como para sentarse siquiera el tiempo suficiente para hacerse una idea de qué trata la historia.

Aparentemente no soy la única que lo piensa porque hay carteles de «Se vende» por todas partes. Al menos cada tres o cuatro jardines. No es de extrañar que seamos capaces de vivir aquí. Ni siquiera nosotros somos lo bastante pobres como para ser perseguidos en un pueblo fantasma.

—Sí, papá, tenías razón. Ya me encanta —digo con sarcasmo. Lo único bueno de este sitio es que estoy segura de que no nos quedaremos mucho tiempo. Con toda esta gente que se ha mudado, eso significa que no hay empleos. Casas vacías igual a no trabajo. Es la única lección de economía que he aprendido de pasarme toda mi vida dando tumbos de un lado a otro. Nos habremos ido antes de Acción de Gracias, lo garantizo. Adiós, Maplecrest, ¡encantada de haberte conocido!

Mi padre me dice que me fije en los carteles con el nombre de las calles. Dice que estamos buscando Walnut Cove. En seguida lo localizo.

—Ahí está —le digo, contenta de que quede a la izquierda para no tener que avergonzarme de entrada haciendo otra vez de intermitente.

La nuestra es la quinta casa. No tiene nada especial. Es pequeña y marrón por fuera. Hay algunos árboles en el jardín y la hierba está crecida, llena de maleza. Parece que no la han cortado en meses y hace falta rastrillar las hojas. Otra más en una larga lista de casas en las que hemos vivido.

Las ventanas están más vacías que los ojos de los desconocidos y es muy probable que me siga pareciendo lo mismo el día que nos marchemos.

El piloto de la gasolina del coche se enciende cuando llegamos a la entrada de la casa. Mi padre mira el salpicadero y sonríe.

—Es una señal —dice—. Estamos en casa.

—Es una señal de que estamos a dos velas —replico, mientras agarro la manilla y abro la puerta de una patada. Echo un vistazo rápido alrededor. Una casa vacía al otro lado de la calle. Otra, dos puertas más abajo. Las montañas del fondo nos cercan como una pared dentro de este pueblo cutre. Respiro hondo y me preparo para empezar de nuevo.

Mientras me estiro sobre el asiento de atrás para sacar mi bolsa, mi padre se acerca y me rodea con sus brazos.

—No va a estar tan mal —dice. Y aunque quiero convencerme de que está siendo egoísta, sé que no lo es. Puedo oírlo en su voz. Siempre lo oigo. Sé cuánto siente hacerme pasar por esto y por eso hago todo lo que puedo por no pagarla con él.

—Lo sé —digo, girándome y ofreciéndole una sonrisa desganada. Puedo sentir las palabras formándose en su mente y levanto la mano hasta su boca para mantenerlas dentro—. No me prometas nada esta vez, ¿vale? —le pido. Asiente con la cabeza y me suelta. Sé que herí sus sentimientos, pero no puedo soportar oírlo decirlo otra vez.

Agarro la bolsa que contiene casi todo lo que tengo, la de color rosa con los remiendos de flores cosidos, y dejo que se deslicen por el suelo mientras llevo la bolsa a rastras hasta

la puerta de entrada. Mi padre se acerca detrás de mí con la llave en la mano.

—¿Seguimos siendo un equipo? —pregunta.

—Claro, papá. Seguimos siendo un equipo —digo, e intento con todas mis fuerzas no parecer desgraciada.

Suelo reconocer a los chicos populares poco después de poner los pies en un instituto nuevo. Al menos a las chicas. Llevan la popularidad como un uniforme para que todos la vean. Desde sus peinados hasta sus zapatos caros. Todo en ellas está arrancado de las páginas lustrosas de las últimas revistas de moda adolescente. Todo en ellas es perfecto. O por lo menos por fuera.

Los chicos son un poco más tramposos.

Su aspecto solo desempeña un pequeño papel a la hora de decidir su sitio en el orden social de las cosas. Sus aficiones son tan importantes como su aspecto. También depende de qué tipo de instituto sea. Hay tantos tipos diferentes de institutos como tipos diferentes de pandillas en cada uno. Están los institutos con ínfulas de artistas, donde los chicos delgaduchos y misteriosos son los que se llevan toda la atención. Luego están los institutos tipo preparatorio para la universidad donde la posición social y la nota media están estrechamente relacionados con el aspecto mono de un chico para determinar qué relación tiene con las chicas. En los instis de gamberros y los instis de drogas, todo depende

de lo mal que esté o de lo peligroso que sea un chico. Por último, pero no por ello menos importante, están los institutos de deportistas como Maplecrest donde lo único que importa de verdad es lo bueno que sea un tío en los deportes. Aunque tenga la cara como una paella y sea un retrasado, un chico puede ser popular aquí, así que podría tardar algún tiempo en enterarme de todo.

Pero con las chicas no importa tanto de qué tipo de instituto se trate. Siempre son las más delgadas y las más guapas que llevan la mínima cantidad de ropa que permite el código de etiqueta las que reinan en los pasillos. Porque los gustos de los chicos no cambian mucho solo porque les guste pintar más que los deportes. Así que siempre son las chicas lo bastante guapas como para aparecer en una postal las que llegan a formar parte de la Gente Perfecta. La élite social. La pandilla que dirige el instituto. Las que se libran siempre de todo batiendo las pestañas y fingiendo no enterarse de nada. Llegan a decidir con cuál de las otras chicas se puede hablar y de cuál se deberían burlar para que desarrolle un trastorno de alimentación.

Distintos institutos, pero siempre lo mismo.

Esas son las chicas a las que necesito impresionar si quiero ser popular, o a las que debo evitar cabrear si deseo encajar. Eso hace preguntarse quiénes son realmente importantes. La más alta prioridad si quiero evitar cometer un error que me lleve a la lista equivocada sin intención. Solo hace falta una mala mirada. Así ha sido en cada instituto por el que he pasado en el último par de años, así que he llegado a ser bastante buena en averiguar quiénes son. Mi bienestar social depende de ello.

Maplecrest podría ser el instituto más fácil hasta ahora. Sé quién es la chica más popular al segundo de verla. Basta con un vistazo. Sus largos rizos rubios son como un halo cuando la luz del sol brilla sobre su imagen divina. Sonrisa perfecta y piel perfecta como un ángel de porcelana. Ojos azules centelleantes con párpados rosa suave haciendo juego con la mueca de pucherito de fresa de su labio superior. La esbelta curva de su hombro y la forma frágil de sus rodillas asomando por debajo de su minifalda. Es delicada como un pájaro al deslizarse por la cafetería. Todos los pares de ojos la siguen mientras ella planea hacia la mesa abarrotada de otras chicas guapas que parecen clones menores cuando se une a ellas.

No necesito saber cómo se llama ni nada sobre ella para saber que es La Chica del instituto. Está escrito en las caras de sus amigas mientras esperan el turno de que ella las salude. Todas y cada una de las chicas hacen lo posible por parecerse a ella. Cada una también guapa. Cada una con el mismo pelo oxigenado y piel descolorida, pero con un poco menos de centelleo en los ojos, lo que las hace algo menos perfectas.

Y aunque me prometí a mí misma que esta vez no lo haría, empiezo a compararme con ellas, con la Gente Perfecta. No puedo evitarlo. Tengo que saber a qué atenerme. Sea o no un pueblo de mala muerte, me importa lo que la gente piensa de mí. Es una mala costumbre. Mi padre lo llama «Enfermedad de la chica adolescente» y dice que tiene cura. Yo le digo que sé que la tiene, pero que la verdad es que no quiero acabar siendo la vieja loca de los gatos cuando sea mayor.

Me enrosco el pelo alrededor del dedo y me quedo mirando fijamente las puntas abiertas. El mío no tiene el mismo brillo y no es ni la mitad de rubio. El mío es más paja sucia que halo dorado. Y mis ojos son color fangoso, no se parecen en nada al cielo como los de las chicas de la mesa popular. Todas ellas tan rubias y guapas, como figuritas demasiado preciosas para dejar que los niños jueguen con ellas.

Aparto la bandeja. Ya no tengo hambre.

No es que piense que soy fea o algo así. Sé que soy bastante mona. Y no quiero ser la chica más guapa del instituto ni nada parecido. Es solo que ni siquiera me acerco. No a su líder, ni siquiera a su séquito. Creí que en un pueblo pequeño olvidado en el tiempo como este por lo menos tendría alguna posibilidad. En realidad no es tan importante para mí, es solo que es más fácil ser nueva en un instituto si eres una de las chicas más guapas. Esperaba que quizá esta vez tendría suerte. Pero ese sueño se desvaneció en el instante en que la vi.

—Se llama Maggie Turner —me dice una voz al oído como leyéndome el pensamiento. No me sobresalta tanto como para gritar, pero sí lo suficiente como para chirriar como un ratoncito.

Giro la cabeza y veo a un chico escuálido con pelo de paja enmarañado vestido con ropa raída. Lo reconozco de una de mis clases. Tardo un segundo en ubicarlo. Geometría, tercera hora. El chaval sentado a unas pocas filas de distancia que me miraba tanto que después de un rato dejé de corregir. No está mal del todo, pero tampoco es exactamente mi tipo. Largo, desgarrado y tirando un poco a espeluznante. Y

antes de poder decidir si quiero decirle que se pierda o no, levanta la silla vacía y se sienta a mi lado.

—Maggie Turner —repite—. Te estás preguntando cómo se llama, ¿verdad? —No estoy segura de qué decir. La verdad es que no esperaba compañía. Primer día en un instituto nuevo en la mayoría de los casos es igual a aislamiento, especialmente en el comedor. Es uno de los síntomas de la enfermedad del nuevo. Todo el mundo quiere hablar de ti, pero nadie quiere hablar contigo. Bueno, por lo menos no al principio, y su visita sorpresa me pilla desprevenida. Por no hablar del hecho de que sabía lo que estaba pensando.

—Solo estaba... —empiezo a decir, pero no acabo.

—Solo estabas mirando fijamente a Maggie Turner como todos los demás —dice, y puedo sentir cómo se me pone la cara roja.

No es que me importe que me pillen o que me dé vergüenza estar fascinada por las chicas populares. Es solo que no sé si quiero compartirlo con un chaval delgadillo y raro que deambula por el comedor buscando chicas que no conoce para sentarse a su lado. Pero sea cual sea la razón, mis mejillas empiezan a ruborizarse y él empieza a notarlo.

—No pasa nada —dice—. Es un imán de atención. A todo el mundo le gusta mirarla. —Pone las manos detrás de la cabeza y se recuesta hacia atrás. Inclina la silla hasta apoyarla contra la pared y se acomoda como si fuéramos colegas de toda la vida.

—Oye, ¿qué quieres? —pregunto en un tono agriado, porque en este momento lo único que quiero es que se pire. Prefiero estar sola que sentarme con él. Me pone la carne de

gallina. Incluso aparto mi silla unos centímetros. Pero es una pena que no pille la indirecta. O es un poco espesito o está empezando a colgarse por mí. Con mi suerte, no me sorprendería. No seré un imán de atención, pero sí que soy un imán de raritos.

Vuelve a poner las manos sobre la mesa y deja que la silla vuelva a bajar al suelo. Después se encorva y se inclina más cerca de mí como si fuese a contarme un secreto o algo así.

—Hoy es tu primer día, ¿verdad? —pregunta.

No estoy segura de qué tiene eso que ver, pero asiento con la cabeza igualmente.

—Bueno, solo intentaba ayudarte, eso es todo —dice.

—¿Ayudarme cómo? —pregunto. Yo no veo que me ayude en nada. Lo único que está haciendo es impedir que me hable la gente normal.

—Se nota que quieres ser su amiga —dice. Me dan ganas de argumentar que ni siquiera la conozco y que él ni siquiera me conoce a mí, y que cómo puede hacer esa suposición. Pero en el fondo sé que tiene algo de razón, así que no me molesto. Además, sabe que tiene razón del mismo modo que yo supe que Maggie era La Chica la primera vez que la vi. Puede reconocer a las personas igual que yo puedo reconocer a los populares.

—¿Y qué si es así? —le pregunto—. ¿Es eso un crimen o algo así?

—No —dice—. Solo pensé en intentar salvarte de las garras de Maggie Turner antes de que fuese demasiado tarde.

No puedo evitar sonreír un poco porque he visto este truco antes. Acercarse a la chica nueva y asustarla con

historias de la pandilla malvada. Siempre son los marginados como él los que lo intentan. Los descontentos. Pero no es más que eso, un truco. Intentar reclamarme como suya y envenenarme para el resto del instituto. Pero aun así, es más o menos mono y es la única persona que me ha hablado en todo el día así que decido seguirle la corriente, de todos modos.

—Sí, ¿y eso por qué? —pregunto.

—Porque Maggie no es como el resto de nosotros —dice en un susurro, metiéndose realmente en el papel y mirando alrededor como si estuviera asegurándose de que nadie escucha—. No es como las personas reales, es mejor. Nació el día de Navidad. Su color favorito es el rosa. Rosa bebé, no rosa porno. Y haga el frío que haga afuera, siempre lleva minifaldas y jerséis cortos y nadie la ha visto nunca temblar. Nunca come nada más que zanahorias, al menos no en público y, aunque no tiene ningún superpoder demostrado, todas sus amigas la siguen como si estuvieran en una especie de secta. Además, resulta que es la capitana del equipo de animadoras y para colmo es una perra malvada.

Cruzo los brazos encima de la mesa y apoyo la cabeza. Abro los ojos como platos y le presto toda mi atención como un niño pequeño a la hora del cuento.

—Parece que sabes mucho sobre ella para no gustarte —digo con una pequeña sonrisa, pero creo que el sarcasmo se le escapa.

—Todo el mundo lo sabe, ella se asegura de que sea así —contesta, ya sin susurrar y sin que parezca de cachondeo como antes. Está un poco enfadado aunque tamborilee con los nudillos en el borde de la mesa.

—Déjame adivinar —le digo, porque es mi turno de jugar a un jueguecito con él—. Todos los chicos están pillados por ella, incluido tú.

—Yo no —dice sin dudar. Lo dice como un hecho, sin apartar la vista de ella. Lo dice de forma que se nota que no es solo una negación. Lo dice para que sepa que no es solo que no le guste, es que la detesta.

—Pero te gustó en algún momento —digo, porque eso también se nota—. Y tú no le gustabas a ella, así que ahora la odias. —Nadie echa esa mirada a alguien como Maggie Turner a no ser que esté celoso o haya sido desdeñado. No me lo imagino siendo el tipo de chico resentido por no ser popular, pero sin duda parece el tipo emocional a quien suelen herir los sentimientos.

Puede que yo también los haya herido un poco porque aparta la silla de la mesa y se pone medio de pie. Está a punto de alejarse pero se detiene. Se gira hacia mí, abre la boca y empieza a balbucear como si no estuviera seguro de si debería decir lo que quiere decir. Entonces se decide por fin a seguir adelante y hablar, pero se niega a levantar la vista del suelo al hacerlo.

—Es solo que... eres bastante guapa... y ella va a intentar convertirte en una de las tuyas... una de sus clones —dice—. No quiero ver cómo te pasa eso, nada más.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Se supone que eso es un cumplido? —pregunto.

—No —dice—, solo una advertencia.

Me quedo mirándolo en silencio y él me devuelve la mirada. Me mira fijamente a los ojos por primera vez desde que se acercó a mí. Hay algo vacío en su expresión que no

tiene sentido para mí. O es el chico más socialmente deficiente que he conocido en mi vida o uno de los más listos. Sea lo que sea, es con diferencia lo más interesante de este pueblo hasta el momento.

Da un paso antes de detenerse. Hace un gesto como si hubiera olvidado algo y vuelve.

—Me llamo Lukas, por cierto —dice.

—¿Sabes?, en realidad se supone que debías hacer eso antes de empezar a acosar a chicas desconocidas —le digo.

—¿Sí? Bueno, esto es Maplecrest —contesta.

—¿Y eso que tiene que ver? —pregunto.

—Ya lo verás —dice—. En Maplecrest muchas cosas se hacen de forma diferente.

Empieza a alejarse lentamente de nuevo y esta vez yo lo paro.

—¿No quieres saber cómo me llamo? —le pregunto.

—Hannah —dice. Entonces sonrío por primera vez. Y me sorprende un poco, pero de hecho tiene una sonrisa bastante dulce—. Estaba atento en clase cuando el profesor dijo tu nombre —explica.

—Ah, vale —digo, recordando la tercera hora por segunda vez—. Bueno, gracias por advertirme —digo con la actitud justa para que sepa que no lo digo completamente en serio.

—Hazte un favor a ti misma y mantente alejada de ellas —dice con la actitud justa para que yo sepa que lo dice tremendamente en serio. Luego desaparece en la multitud de caras y me deja sola escuchando el millón de fragmentos de conversaciones que están teniendo lugar a mi alrededor hasta que suena el timbre.

Los murmullos empiezan en cuanto me siento. Voces suaves y lentas detrás de mí. Tan silenciosas como si intentaran no hacer ningún ruido, pero asegurándose de que las oigo igual. El sonido de las sílabas es como un siseo, como palabras deslizándose desde lenguas afiladas. Un lenguaje secreto mascullado desde detrás de las manos que les cubren las bocas.

No me hace falta saber lo que están diciendo para saber que es sobre mí.

Me muerdo el labio y mantengo la vista a salvo en mi cuaderno porque sé que esto es una prueba. Las vi vigilándome cuando entraba. El pelo tan rubio que parecería blanco si no fuese por el tono níveo de sus pieles. El resplandor azul eléctrico en el centro de sus ojos. Estudiándome. Cómo camino. Cómo visto. Todo sobre mí, intentando imaginarse dónde encajo.

Lo mejor que puedo hacer es ignorarlas. A pesar de lo que piense Lukas, el chico del comedor, soy consciente de lo mezquinas que puede hacer la popularidad a las personas. He pasado por ello las veces suficientes para ser una experta. Sé que una mala mirada en su dirección podría convertirme en un blanco de cotilleo hasta que me vaya de este lugar.

Cuando los cuchicheos se desvanecen las oigo revolviéndose en sus asientos. Oigo el ruido de sus zapatos desplazándose por el suelo, hacia mí. Después el perfume de esencia de vainilla pulula por encima de mi hombro y me preparo, a la espera de descubrir mi destino.

—¡Eh, chica nueva! —dice una de ellas. Giro la cabeza y alzo la vista para mirarlas.

—Eh —digo. Mi voz sale más baja de lo que planeé y ellas parecen darse cuenta. Les entra la risita tonta al ver lo nerviosa que me ponen.

—Te llamas Hannah, ¿verdad? —dice la otra chica y yo asiento con la cabeza—. Bien, yo soy Morgan —dice—. Esta es Miranda.

—Hola —digo, hablando más bajo que antes.

Miranda me muestra una sonrisa engreída como respuesta. Tiene las manos firmemente apoyadas en las caderas y la espalda ligeramente arqueada como un gato poco amistoso.

—Solo estábamos diciendo cuánto nos gusta tu bolsa —me dice y lanza los ojos hacia abajo para echar un vistazo rápido a mi mochila con los parches de flores cosidos en la tela.

—Gracias —digo, pero sin parecer contenta por ello. No me atrevo a mirar mi bolsa. En vez de eso sigo observándolas a ellas. Buscando algún signo de lo que va a venir después, porque no puedo evitar sentir que me están tendiendo una trampa.

—¿Dónde la compraste? —pregunta Morgan. La miro con cautela antes de responder. En su cara no hay nada mezquino. Es inocente como un ángel. En sus labios también hay una sonrisa cordial y empiezo a relajarme.

Estoy exagerando.

La culpa es de ese chaval, Lukas, por intentar asustarme. Empiezo a respirar con más calma.

—Lo hice yo —digo. Un poco más segura de mí misma esta vez.

—¿De verdad? ¡Es muy chulo! —responde Morgan. Entonces se agacha para verlo más de cerca. Recorre los parches de flores con los dedos y me sonrío. Me pregunta dónde las compré y si fue difícil y yo empiezo a sonreírle. Le digo que no fue tan difícil. Hago todo lo posible por no hacer ver lo orgullosa que estoy de ello.

—No puede haber sido tan fácil —dice Miranda.

Le echo un vistazo y veo el comienzo de una sonrisa cruel. La piel rosa bajo sus ojos ya no parece suave. Parece más bien fuego que pétalos de rosa, como parecía antes.

—Quiero decir, probablemente ibas a segundo o por ahí, ¿no? —me suelta. Sus palabras suenan como un perro rabioso con dientes afilados.

Esperan a que mi piel se vuelva rojo intenso antes de empezar a reírse. Esperan a que me muerda el labio inferior antes de empezar a volver a sus sitios. Se aseguran de que me han humillado antes de dejarme en paz.

—¿Te puedes creer que pensaba que lo decíamos en serio? —oigo decir a Morgan.

Miranda se ríe y dice que sí se lo puede creer.

—Cualquiera con una bolsa de niña pequeña estúpida como esa probablemente se creería cualquier cosa —dice.

No digo nada porque fue culpa mía por tragármelo. Nunca debí bajar la guardia. Fui una estúpida. Mira que lo sé. Pero la creí de verdad. Parecía tan honesta cuando mentía...

Empujo la bolsa bajo mi pupitre con los pies. Sabía que eso haría reír socarronamente a Morgan y a Miranda, pero no me importó. Solo quería perderla de vista. Pero al instante me siento mal por ello. Como solía sentirme cuando escon-

día mis animales de peluche para que mis amigas no supieran que todavía los tenía. Así que la deslizo otra vez hacia el pasillo un poquito e intento ignorar la risa que empieza de nuevo unos pupitres por detrás de mí.

Empiezan los cuchicheos otra vez después de eso. Esta vez más alto para que pueda oírlas con más claridad al decir lo barata que parecía mi ropa, que me hacía parecer una sin techo o algo así. Puedo sentir como mi cara se pone cada vez más roja a medida que ellas se despachan con insultos como el susurro de balas. Susurros de ametralladoras que solo se silencian cuando nuestra profesora de Lengua entra y empieza a pasar lista.

Escucho mientras lee los nombres en alto. Veo como las manos se alzan en el aire una detrás de otra junto con un coro de «presente» mientras la profesora recorre el alfabeto.

Supongo que debería haberle hecho un poco más de caso a Lukas. Debería haberme mantenido apartada de todas y cada una de las animadoras.

Mi brazo se levanta cuando la profesora dice mi nombre.

—Presente. —Mi voz escapa de mis pulmones como una pequeña tos.

La profesora se detiene y levanta la vista del papel que tiene en la mano. Me mira con los ojos entornados para memorizar mi cara.

—Bienvenida a Maplecrest, Hannah Sanders —dice, sin parecer que le importe mucho antes de leer el siguiente nombre.

Me hundo en mi pupitre.

No hay duda de que he sido bienvenida, eso está claro. Mis dos nuevas mejores amigas se aseguraron de eso. Se

aseguraron de que supiera exactamente dónde encajo. Como una paria social. El final de la cadena alimentaria. Sola en la mesa de los *frikis*, comiendo con Lukas.

Me paso el resto de la clase mirando el reloj, contando los minutos para que acabe el día, ignorando los rumores sobre mí que se propagan de pupitre a pupitre como una enfermedad. Se extienden en una serie de siseos, risas y miradas sucias hacia mí. Hago todo lo posible por no mostrar que me molesta. Miro el reloj y espero hasta el momento en que pueda desaparecer en la marea de chicos que inundan el pasillo. Deseando volver a ser anónima.